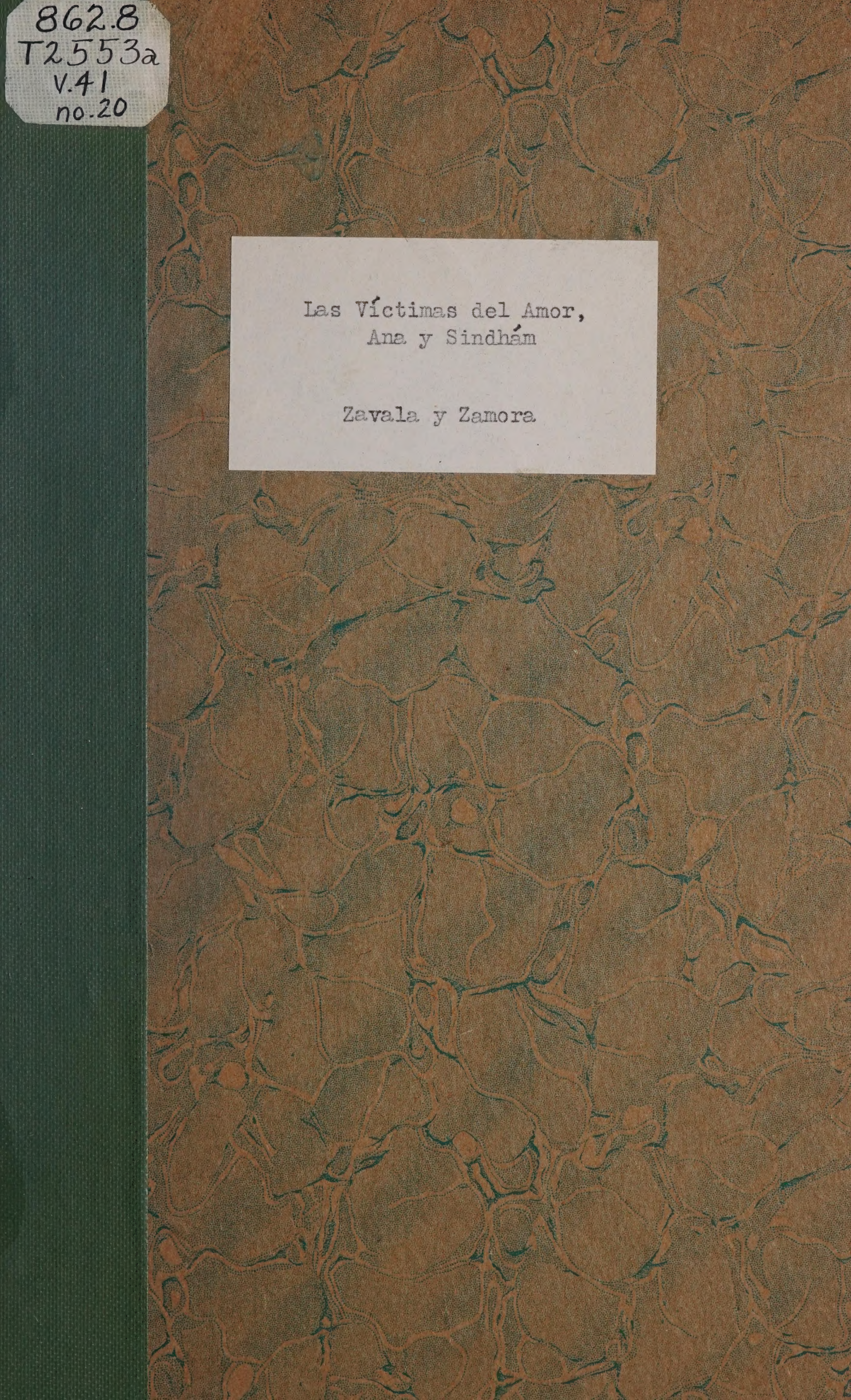
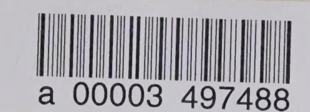


862.8
T2553a
V.41
no.20
Las Víctimas del Amor,
Ana y Sindhám
Zavala y Zamora


a 00003 497488

COMEDIA EN TRES ACTOS.

LAS VÍCTIMAS DEL AMOR, ANA Y SINDHÁM.

POR DON GASPAR DE ZAVALA Y ZAMORA.

ADVERTENCIAS AL LECTOR.

El presente drama, ya sea cómico en todas sus partes, como creo, ó ya trágico, como quieren algunos, por hallar en él una catástrofe lastimosa, es pensamiento de una Novela inglesa nada desfigurada por la parte episódica de la composicion. He procurado proponer diversos caracteres de nobleza, de virtud, de crueldad y bajeza, sosteniéndolos lo posible á pesar de las diversas situaciones en que se presentan. Su regular entable, sus sentimientos, el contraste de pasiones vehementes y la ternura del asunto son interesantes: la accion es una sola, aunque acompañada de varios accidentes. El lugar de la Escena se extiende á Lóndres y sus cercanías, ensanche que dió, y aun ha seguido en muchas de sus composiciones la religiosidad de nuestros preceptistas Franceses. Solo la unidad del tiempo padece alguna violencia por la precipitacion de la catástrofe; pero el que conozca nuestros teatros, y sepa que mas se escribió este drama para un público espectador que para un sabio escrupuloso, disculpará esta y otras faltas en que haya incurrido

ACTORES.

El Milord Darambi, Padre de
Ana, jóven inglesa, casada secretamente con
Sindhám, criado del Milord y padre de
Pamela, niña de diez años.
El Baron de Fronsvill, pretendiente de la virtud de Ana.
Cecilia, prima de Ana y su oculta enemiga.
Mauricio, secretario del Milord, y confidente de Sindhám.
Ricardo, mayoral de una Quinta.
Un criado del Milord.
Un criado de la Quinta.
Criados del Milord y Zagales que no hablan.

ACTO PRIMERO.

Abrirá la Escena Ana, al amanecer registrando con los primeros versos una estancia con puerta á la derecha.

Ana Aun descansan todos: ah,
qué sobresaltos, qué miedos
trae consigo un delito!
Si habrá venido? ya dieron
Mirando un relox.
las seis: ninguna mañana
tardó tanto el dulce dueño
del alma en venir á verme:
ó caro Sindhám! el cielo
que qui o que yo premiara
con el afecto mas tierno
tu virtud, no me permite
disfrutarla con sosiego.
Si se habrá ya levantado
Volviendo á mirar hácia dentro con sobresalto.
mi padre? si me sintieron
los criados, y curiosos

me habrán seguido? No. Pero
Llaman à la puerta.
ya hizo la seña. Temblando
voy á abrir.
Abre la puerta y sale Sindhám en cuerpo.
Sind. Dulce embeleso
de mi corazon, mi Ana,
mi único bien, mi consuelo
y mi alegría, cuántas penas
me cuesta el ver tu halagüeño
y hermoso rostro!
Ana. Sí, amado
Sindhám, y cuánto lo siento!
pero es forzoso: yo amé
tus altos merecimientos
desde que te ví. Miraba
con disgusto (lo confieso)
que el jóven Sindhám sirviera
al Milord mi padre; pero
conociendo yo tu amor,
y no cabiendo en el pecho
ya el mio, á pesar de todo
premié tus castos deseos
con mi mano: sí, ligamos
con el lazo mas estrecho
nuestras almas, sin que hasta hoy
otro sepa este secreto
que el buen Mauricio. Ah! tú dudas
que si llegára á entenderlo
mi padre, con nuestras vidas
acabára? no! su genio
es duro, amado Sindhám,
y tu humilde nacimiento::-
Sind. Le irritaria, es verdad:
él desearia un yerno
noble y rico, aunque tuviera
los mas enormes defectos:
yo soy pobre, y soy humilde:
tu corazon, bien diverso
del de tu padre, no quiso
sacrificarse indiscreto
al poder y la riqueza;
miraste con menosprecio
esos dos dones que tienen
hechizado el universo,
y elegiste un hombre pobre;
pero Ana, un pobre, que lejos
de amarte por la ambicion
de las riquezas que el cielo
concedió á tu padre, siente
no ser señor de un imperio,
y tú una humilde pastora,
para irte á sacar él mesmo
de tu cabaña, y sentarte
con él en su trono excelso.
Repartió el cielo á su gusto
los bienes, hizo en efecto
á Sindhám pobre y humilde;
pero tambien le hizo dueño
de un tesoro, que un monarca
pudiera envidiar por cierto.
Ana. Cuál es, Sindhám?
Sind. Tu virtud,
que vale por cuanto el cielo
repartió en todos los hombres.
Diez años ha que poseo
este bien lleno de sustos;
pero de qué gloria lleno!
Mi Pamela, aquella amada
Pamela, que por renuevo
de tu amor distes á luz
en el dulce año primero
de nuestra union, qué retrato
de tus gracias es! ah!::- pero
Ana vuelve la espalda para enjugar el llanto, y él lo nota.
tú lloras? suspiras? *Ana.* Sí.
Sí, amado Sindhám: me acuerdo
de la triste situacion
en que nació; de mi seno
salió apenas, quando fue
conducida con secreto
por Mauricio á una cabaña,
donde sujeta la vieron
mis ojos poco despues
á que muriera. Aquel tierno
pedazo de mis entrañas
no vió mas que contratiempos
y desgracias hasta ahora;
y lo que mas lloro y siento
es, que no tengo esperanza
de que mejoren los cielos
nuestra suerte, porque sea
mejor la suya: estoy viendo
la hora en que sabe mi padre
nuestra union, y su despecho
y furor da con mi muerte
castigo á mi atrevimiento.
Yo no puedo ni aun mirarte

quedo, Baron. Me parece
que os vais aprisa volviendo
un si es no es insolente,
y vereis si yo me emperro::-

Milord. Basta, Cecilia.

Cecil. No basta,
que me ha perdido el respeto
y::-

Bar. No es capaz mi crianza
de cometer ese exceso,
Madama. No fui atrevido
jamás, pero soy ingenuo.

Cecil. Es que::-

Milord. Basta, dige ya.

Ana. Qué angustia!

Sale Sind. Qué desconsuelo!

Milord. Qué traes? *á Sind.*

Sind. Que ahora á palacio
llegó Mauricio, trayendo
la serrana que mandasteis.

Milord. Que entre.

Sind. Ya voy: yo fallezco. *ap.*

Ana. Ah, Sindhám, cómo tus ojos
tu amargura me digeron! *ap.*

Mil. Tú mira bien qué resuelves *á Ana.*
en este dia, advirtiendo
que es mi gusto que te cases;
y que te conviene hacerlo.

Ana. Disimulemos, pesares, *ap.*
Señor, nunca fue mi intento
oponerme á vuestro gusto,
mayormente cuando veo
que vuestra bondad le está
hácia mi bien dirigiendo.
Yo tan solo pretendia
que el trato y conocimiento
del esposo que me dabais
fomentara en mí aquel tierno
cariño que deberia
tributarle como á dueño
mañana. Si en esto erré,
que me perdoneis os ruego.

Bar. Qué virtud!

Cecil. La veis tan mansa,
Baron? pues yo no la creo.

Bar. Yo sí.

Cecil. De veras? pues digo
que sois un gran majadero,
y renuncio desde aquí
vuestra boda ó vuestro infierno. *vase.*

Sale por la derecha Mauricio, Sindhám, y Pamela de serrana.

Maur. Aquí, gran señor, teneis
á Pamela.

Pamel. Con deseo
de serviros, que aunque niña
tambien soy de algun provecho.

Milord. Pues qué sabes hacer tú?

Pamel. Barrer, fregar, teger lienzo
y coser, aunque no bien.

Ana. Ay hija amada! no puedo *ap.*
reprimir mi amor.

Maur. Las almas
de Ana y Sindhám, qué tormento
están sufriendo!

Milord. Mas dime,
querrás quedarte en efecto
conmigo?

Pamel. Y si su merced
se enfada de mí, y al pueblo
me vuelve?

Milord. Procura tú
no disgustarme, y con eso
no tendrás que recelar.
Ana te querrá en extremo,
pues es mi gusto.

Ana. Señor,
será desde hoy mi embeleso
Pamela, pues sé que vos
tendreis mucho gusto de ello.

Pamel. Y la señora verá
como yo se lo agradezco.

Sind. Ay hija, que ya á los ojos *ap.*
va mi ternura saliendo!

Milord. Tú cuidarás de cuanto haga
à Mauricio.
falta á Pamela; advirtiendo
que el trage con que ahora está
es con el que verla quiero.

Pam. Haceis bien, porque á los pobres
no nos sientan bien aquellos
que estilan acá los ricos.

Sind. Qué gracia!

Ana. Qué entendimiento!

Milord. Baron, yo voy á palacio,
esperadme, que deseo
que hoy comais acá conmigo.

Bar. Solo aspiro á complaceros.

Milord. Pamela, á Dios. *vase.*

Pamel. Con salud

á casa volvais bien presto.
Ana. Ya hice á mi esposo una seña
de que vaya á mi aposento:
cielos, de una vez matadme,
ó de mi afliccion doleos. *vase.*
Maur. Ven, Pamela. *Vase con ella.*
Sind. Con mis ojos
Viéndola partir.
te irá mi pasion siguiendo.
Bar. Sindhám.
Sind. Qué graciosa es!
Bar. Sindhám.
Sind. Con cuánto despejo
y agudeza respondia
al Milord!
Bar. Sindhám, qué es eso?
qué os suspende?
Sind Señor, nada.
Bar. Id, y hacedme merced presto
de decir á Madama Ana
que hablarla á solas deseo.
Sind. Esto solo á mi impaciencia
faltaba: voy al momento.
Amor, mucho es el peligro *ap.*
si se difiere el remedio. *vase.*
Bar. Muy necio fuera en sufrir
que el Milord case indiscreto
violentamente á su hija
conmigo. Mucho la quiero,
es verdad; pero si ella
admite aqueste himeneo
con repugnancia, es error
que yo insista. No pretendo
sacrificar á mi gusto
su corazon, verla quiero
y hablarla con claridad,
porque tolerar no puedo
que mi voluntad domine
un dia á mi entendimiento. *vase.*
El mismo aposento en que empezó la comedia, y sale Ana.
Ana. Ana infeliz, en qué dia
tan horrible y tan funesto
naciste! qué negro instante
aquel que mis ojos vieron
á Sindhám, en que le dige
mi puro amor, y en que el premio
di á su virtud, sin mirar
que su humilde nacimiento
me dejaria infamada
para siempre! ó Dios! yo tiemblo.
Yo unida á Sindhám? la hija
del Milord Darambi, cielos,
pensó así? mi padre (ay triste)
mi casa, Londres entero,
qué dirán cuando á saber
lleguen un crímen tan feo?
qué me diré yo á mí misma
si escucho solo un momento
á la razon, al honor::-
Al honor? qué le obscurezco
por haberme unido á un hombre
de un humilde nacimiento
y pobre? no, no, antes queda
mas limpio, mas puro y terso.
Yo no pudiera jamás
resistir el embeleso
de las gracias de Sindhám.
Aquel honesto respeto
que acompaña á la ternura
de su amor, yo le prefiero
á todos los intereses
del mundo: sí, lo confieso.
Mi padre, mi casa, Londres,
y el mundo perdonen; quiero
á Sindhám, le estimo, le amo
sobre quanto el universo
en sí contiene, y no aspiro
á otro bien, ni á otro consuelo
que poseer su corazon
fino, enamorado y tierno
mientras viva, publicando
que como á absoluto dueño
de mi alvedrío le rindo
alma, ser, vida y aliento.
Sale Sind. Ana.
Ana. Qué traes, esposo?
Sind. El Baron::
Ana. Qué? dílo presto.
Sind. Quiere hablarte.
Ana. Pues responde::-
Pero no: vino á buen tiempo:
díle que entre, y retirado
tú, despues lo que he resuelto
podrás saber.
Sind. Ya conozco
tu virtud, no me detengo.
Vase hàcia los bastidores.
Entrad. *al Baron*
Ana. Para persuadirle

deme su eficacia el cielo.
ind. Qué intentará?
Se retira à la derecha.
Bar. Estrañareis,
Madama::-
Ana. Tomad asiento,
Baron, y antes que paseis
á descubrir vuestro intento,
os suplico que me oigais.
Bar. Qué querrá decir? *se sientan.*
Ana. Empiezo:
pero antes debo exigir
un solemne juramento
de vos. *Bar.* Y es?
Ana. Que en ningun caso
revelaréis un secreto
que ahora voy á descubriros.
Bar. Qué será tan gran misterio? *ap.*
Al paño Cec. Dónde se hallará mi prima,
á la izquierda.
que no está en su cuarto? pero
con el Baron está allí:
oir lo que hablan resuelvo.
Bar. Yo lo juro por la fe
de noble y de caballero.
Ana. Con esa seguridad
voy á arrancar de mi pecho
un arcano que ha diez años
que vive en él encubierto.
Cecil. A buen tiempo llegué yo.
Sind. Qué intenta mi esposa, cielos?
Ana. Yo, Baron, ni ahora, ni nunca
ser esposa vuestra puedo,
por mas que estime y aprecie
hoy vuestros merecimientos.
Hace diez años que dí
mi blanca mano á otro dueño.
Cecil. Bueno!
Bar. Qué es lo que he escuchado?
Ana. Nadie sabe este secreto
sino vos; y á no mediar
el solemne juramento
que hicisteis, y la ocasion
que aquí me ha movido á hacerlo,
ni aun á vos os lo fiara.
Pero porque en ningun tiempo
creais que de vuestras nobles
finezas hice desprecio,
os dí esta satisfaccion,
bien á costa (os lo confieso)
de mi rubor. Ya lo hice:
decidme vos vuestro intento:
Cecil. Pues no queda que saber,
voy á contarlo corriendo
á mi tio, porque puede
tenerme cuenta el suceso. *vase.*
Bar. Señora, tan sorprendido
he quedado, que no acierto
á responder, y aun apenas
(perdónad) lo que oí creo.
Pero ya sea verdad,
ó sea un noble pretexto
para no uniros conmigo,
el juramento renuevo
de no descubriros nunca.
Aun mas haré por el tierno
amor que os consagro, y por
lo que toca á un caballero
de mis prendas. De la corte
haré ausencia en el momento,
para evitar que el Milord
apresure estos conciertos.
Esto es solo á lo que vine,
gran señora, á proponeros
al ver vuestra repugnancia,
y esto mismo lo que ofrezco
hacer, despues que fiasteis
á Fronsvill este secreto.
Teneis que mandarme? *levántase.*
Ana. No.
No, Ingles heróico; no tengo
Levàntase.
mas que echarme á vuestros pies,
en prueba::-
Ana se arroja á sus pies y él la detiene.
Bar. Qué haceis? teneos,
que puede alguno notaros.
Ana. Mi eterno agradecimiento,
ilustre Fronsvill::-
Bar. Madama,
hago solo lo que debo,
y así no lo agradezcais:
sabe el cielo cuánto siento
perderos: mi corazon
se angustia á los ojos vuestros,
señora, y así dejad
que vaya de vos huyendo.
Pero tened por seguro
que Fronsvill pedirá al cielo

continuamente que os guarde
al feliz esposo vuestro
mil años, colmando á entrambos
de venturas y contentos.

Sale Sind. Ah noble jóven! señores,
á comer.

Bar. Ved que os espero,
Madama.

Ana. Ya voy.

Sind. Ah Bella!
premien tu virtud los cielos.

Vanse los tres; levantan el telon, se descubre el aposento del Milord con mesa puesta y un rico aparador: habrá algunos criados que sirvan la comida, y uno entre ellos que trinche y haga platos: salen por la izquierda el Milord, Mauricio, Pamela y Cecilia, y poco despues por la derecha Sindhám, el Baron y Ana.

Cecil. Aun no pude descubrir
á mi tio este secreto,
y temo que se me pudra
si le guardo mucho tiempo.

Bar. Guárdeos Dios, Milord.

Milo. Sentaos. *se sientan los cuatro.*

Ana. Ay hija amada! los cielos
impiden que te honre hoy
con aquel tierno epiteto
de hija mia, y limitadas
aun mis caricias te ofrezco.

Milord. Pamela, te acuerdas mucho
de tu casa?

Pamel. No por cierto,
señor, que en esta me dan
algun mejor tratamiento.

Milor. Tan malo era el que te daban
tus padres?

Pamel. No era muy bueno:
que me hacian trabajar
mucho todo el dia entero,
y comia poco.

Sind. El alma
me traspasan sus acentos. *ap.*

Bar. Despejada es la serrana. *ap.*

Maur. Señor, quereis complaceros
en oirla cantar?

Milord. Qué?
tambien cantas? *á Pamela.*

Pamel. Canto: pero,
señor, es cuando estoy sola
en la cocina barriendo.

Milor. Vaya, pues canta aquí ahor
alguna cosa.

Pamel. Obedezco:
porque me ha dicho mi padre
que la que á fuerza de ruegos
canta algo, y lo canta mal,
dos veces mal viene á hacerlo.

Milor. Qué aguda es!

Sind. Ay Pamela!
con mi ternura no puedo. *a*

Música. Amados corderillos,
testigos de mi fe,
que en este monte alegres
ha rato que paceis,
decidme, dónde está
mi dulce amado bien,
que entre estas pardas breñas
dormido le dejé?
Si en tanto que le busco
acaso os vuelve á ver,
decidle por mi amor
cuanto por él lloré.

Milor. Muy bien, Pamela.

Pamel. Señor,
os agradó con efecto
mi cantinela?

Milor. Muy mucho.

Pam. Otras sé: con que en querien
que cante, mandadlo vos,
y me pondré á obedeceros.

Milord. Está bien.

Pamel. Y á vos, señora, *á A*
os complació?

Ana. Sí. No puedo
resistir mas: ven, Pamela,
toma esta joya, que quiero
Quítase una joya y se la pon
pagar con ella el buen rato
que diste á mi padre. Al pecho
la lleva siempre; porque
no olvides nunca á su dueñ

Pamel. No le olvidaré, señora.

Ana. Y me amarás?

Pamel. Con extremo.

Ana. De ese modo pagarás
lo mucho que yo te quiero.

Pamel. Ojala me amara así

mi madre! pero en el tiempo *llorosa.*
que tengo, ni una caricia
tan solamente me ha hecho.
Ana. Ah, quien pudiera decirte
la madre que te dió el Cielo! *ap.*
Cecil. Qué cansada es la muchacha!
No estará aquí mucho tiempo
si yo puedo.
Bar. Quién será
de Ana el venturoso dueño! *ap.*
Milord. Mauricio, lleva á comer
á Pamela.
Maur. Ya obedezco. *vase con Pame.*
Sale el Criado. Señor, esta sola carta
os ha traido el correo. *dale una carta*
Milord. Dame: con vuestra licencia.
Abrela y lee.
Cecil. Vaya, me estoy deshaciendo
por desembuchar de pronto *ap.*
á mi tio todo el cuento.
Milord. Toma, lleva esta al intante
Da una carta à Sindhám.
á Milord Cumank. Apruebo
su rigor.
Bar. Milord, qué nueva
os da esa carta, que os veo
tan demudado?
Milord. Ninguna
que me importe: oid atento
su contenido:
Milord amigo: ayer salió de esta el navío que os anuncié en mi anterior con el cargo arreglado à las mismas pólizas que me enviasteis. El tiempo es favorable, por lo que, si no ocurre novedad, llegará el 26 del corriente. Pasareis la adjunta à Milord Cumank, pues le doy en ella el mismo aviso para su gobierno. En esta solo ocurre una novedad digna de vuestra atencion, y es, que la hija de un rico comerciante se halla gravemente herida por la misma mano de su padre. Dicen que dió motivo à este exceso el hallarla casada sin su noticia con un hombre inferior á su calidad, &c.
Bar. Fue cruel.
Milord. Cruel? muy piadoso creo
que anduvo en dejar una hija
tan infame con aliento.
Sola una tengo, Baron;
pero si fuera su pecho
capaz de una igual bageza,
abriera mi propio acero
quantas venas tiene, y yo
bebiera su sangre luego.
Ana. Tiemblo de oirle.
Cecil. Qué tal
se enfurecerá en sabiendo
lo que pasa?
Bar. Ana infeliz!
con qué temores te veo?
Muy mal hicieras, Milord,
que nada perdiera es cierto
vuestra hija ni otra alguna
de mas claro nacimiento
por unirse á un hombre pobre
y humilde, como sus hechos
fueran honrados: mas antes
la casara yo, os confieso,
con un pobre virtuoso
que con un rico soberbio.
Milord. Basta, Baron: vos lo hariais,
Levántanse todos.
pero yo no pienso hacerlo.
Guárdese mi hija, sí,
de admitir un pensamiento
tan infame, pues aun antes
que á tener llegara efecto,
olvidando la ternura
de padre, fuera yo mesmo
de su vergonzosa vida
el verdugo mas sangriento.
Sind. Ya se acabó la esperanza *ap.*
que tuve de enternecerlo.
Ana. Muerta estoy. *ap.*
Cecil. Zape; mi prima
va á probar el pan de perro. *ap.*
Milord. Venid, Baron.
Cecil. Tio, ved *al oído.*
que los dos ahora tenemos
que hablar.
Milord. Está bien: pues ve,
y espérame en mi aposento.
Vase Cecilia.
Bar. Piedad, pues de mi nobleza
eres hija:-
Milord. Honor, pues veo

el riesgo en que estás::-

Ana y Sind. Amor,
pues que tu peligro veo::-

Todos. Para el honor que me aqueja,
inspírame tú el remedio.

ACTO SEGUNDO.

El mismo aposento de Ana, y sale Sindhám con capa y espada.

Sind. Antes de llevar aquesta
carta á Bumank solicito
ver á Bella: no está: oh Dios!
Yo no oso entrar: es preciso
que el dolor que halle en mis ojos
acreciente su martirio.
Ay, Ana hermosa, qué tarde
conozco que fue delito
el amarte yo! creí
que todo mi regocijo
y ventura consistia
en que oyeses mis suspiros
afable, y correspondieras
á Sindhám con un cariño
puro y honesto. Ah, qué poco
conocia yo el peligro
de este deseo! no bien
aun mas de lo apetecido
gocé, cuántas amarguras,
cuántas ansias y conflictos
me cercaron! en diez años
no ví dia sin martirio,
noche sin desasosiego,
hora sin grande peligro,
ni instante sin sobresalto,
y por fin hoy se han unido
todos á afligirme. Aquí
me pinta el discurso vivo
á mi esposa maldiciendo
el instante que conmigo
se unió. Allí mi fantasia
me bosqueja los conflictos
que pasa por mí, la afrenta
y el rubor con que es preciso
que viva al verse casada
con Sindhám. Oh Dios! el mismo
remordimiento destroza
mi alma: ya el propio sitio
horrible en que yo solia
seducir aquel sencillo
corazon, la mas amarga
idea de mi delito,
y su peligro, me ofrece:
ya me parece que miro
á Ana bella rebolcada
en su sangre, y que su impío,
su cruel padre traspasa
con el agudo cuchillo
veces mil su pecho. Ya
en sus últimos suspiros
mi favor implora; sí,
sí, ya hiere mis oidos
su voz; Sindhám, Sindhám, dic
corre, corre á darme auxilio.
Bárbaro Milord espera,
deten el golpe atrevido,
y no acabes una vida
por quien yo, sí::- qué delirio
qué ceguedad me produce
mi mismo dolor, mi mismo
sentimiento! ah, Sindhám trist
qué lejos está el alivio
de tus penas! ya tu crimen
que se descubra es preciso,
si insiste el Milord en dar
esposo á su hija; miro
mi muerte y la de mi esposa
infalibles cuando altivo
su padre nuestra union sepa.
Si una pronta fuga elijo
por seguro á nuestro riesgo,
dónde iré destituido
de todo? con qué amargura
no veré al amable hechizo
de mi esposa y mi Pamela
cruzar montes, trepar riscos
y sufrir calamidades!
La hambre, la sed, los activ
rayos del sol, y el cansancio
darian un fin prolijo
á sus dulces vidas, sí.
Pues qué medio, qué caminc
seguirás, Sindhám, en tantas
angustias? cuál? el mas digno
para un corazon cansado
de lidiar con su conflicto:
el morir; sí, sí, muramos:

Saca el puñal.

enmendemos el destino

de Bella así, este borron
que en el papel terso y limpio
de su claro nacimiento
cayó, acabe ya conmigo:
quede otra vez blanco, sí:
dege su honor redimido:
goce del Milord la gracia,
y viva por muchos siglos
venturosa; y tú, Sindhám,
pues cometiste el delito
de hacerla infeliz, acaba
al furor de aquestos filos.

Va á herirse: sale precipitadamente Ana, y dando un grito descompasado le detiene el brazo.

Ana. Sindhám, qué haces? estás loco?
qué frenesí, qué delirio
te precipita á una accion
tan temeraria? tú mismo
contra aquella amable vida
por quien yo aliento y respiro?

Sind. Sí, Bella, sí; cómo quieres
que yo viva ya tranquilo
un instante, contemplando
que he manchado tu honor limpio
y te he expuesto á los rigores
de un padre? no, no, abomino
ya la vida, la aborrezco;
déjame morir.

Ana. Qué has dicho,
caro Sindhám? así rinden
tu noble y heróico brio
las adversidades? ah!
Me avergüenzo de decirlo;
dónde está aquella virtud
que tanto ha resplandecido
en el alma de Sindhám?
Las desgracias, los conflictos,
los infortunios conducen
á un corazon poseido
de religion, de nobleza,
y de amor, á tan indignos
y tan detestables hechos?
ah! no, no: miente quien dijo
que Sindhám me ama.

Sind. Ay esposa!
ese solo es mi delito.
Mi amor me ofreció el puñal:
mi amor armó el brazo altivo;
y mi amor:-

Ana. Tú me amas? *Sind.* Ah!

Ana. Pues si me amas, Sindhám mio,
por qué con tu triste muerte
quisiste añadir martirios
á mi corazon? no ves
el evidente peligro
en que quedarán las vidas
de Ana y Pamela si el digno
brazo de Sindhám las falta?
Dudas tú que mi cariño
con mi vida acabaria
en aquel instante mismo
que tú espirases? no niego
que he dado por tí al olvido
mi honor, mi padre, mi sangre,
y aun á los piadosos gritos
del cielo fui sorda, por
ser toda de mi cariño;
es verdad que cuantas ansias,
cuantas penas y conflictos
me cercan, de este amor nacen;
lo sé: mas solo un suspiro
de Sindhám, una ternura,
un sentimiento nacido
de su amante corazon
recompensa estos martirios.
Pues por qué hemos de tratar
de morir? no, esposo mió;
vivamos para que viva

Llega á los bastidores de la izquierda, y saca á Pamela.

este fruto peregrino
de nuestro amor: vuelve, vuelve
los ojos, Sindhám querido,
á esta infeliz criatura,
nacida á pagar delitos
de sus padres, que no dudo
que quedes enternecido:
mírala ya con su madre,

Arrójanse ambas á los pies de Sindhám, y este las vuelve el rostro enternecido.

bañando con su continuo
y tierno llanto tus plantas.
No mis ruegos, Sindhám mio,
te conmuevan, no mi llanto,
no mi amor, no mi peligro,
sino el de aqueste pedazo
de tu corazon. Los gritos
de su ternura resuenen

hoy, Sindhám, en tus oidos.
Oyelos: la humanidad,
sí, tu paternal cariño,
la naturaleza, todos
lo mandan; y yo lo pido
por mi amor; pero si acaso
pueden tan poco contigo
el amor, la religion,
nuestro llanto, y el peligro
en que quedamos, que insistes
en acabar á los filos
de ese puñal, de este modo

Quítale la espada de pronto, y se amenaza.

tu debilidad imito.

Sind. Qué haces? tente.

Corriendo á detenerla.

Ana. De una vez
acabo así mis martirios.

Sind. Tente.

Ana. Si das otro paso,
con este acero divido
mi corazon. De tu mano
despide ese basilisco,
ó á tus pies muramos.

Pamel. Madre,
qué quereis hacer?

Sind. Yo espiro.

Ana. Hija, morir, pues lo quieren
hoy tu padre y mi destino.

Pamel. Mi padre? pues dónde está
ese cruel padre mio?

Ana. Vesle ahi.

Pamel. No, madre mia;
que estais engañada digo,
pues si este fuera mi padre
ya se hubiera enternecido
al vernos llorar.

Sind. Ay hija!
ay Ana bella! ah destino!
ay triste Sindhám! ó cielos,
doleos de mi martirio!

Pamel. Si sois mi padre, y si sois
esposo de la que ha dicho
que es mi madre, por qué causa
habeis así de afligirnos
á las dos? con qué razon
quereis entrambos moriros
y dejar desamparada
á Pamela? no habeis visto
que aun soy niña, y no podré
ganar el sustento mio?
Dónde iria yo sin padres?
en quién hallaria abrigo
la pobre Pamela? ah! no.
Miradme mas compasivos
los dos. Sí, padre. Sí, madre.

arrodíllase.

De rodillas os lo pido;
y de aquí no me levanto
mientras que no lo consigo.

Pamela se ve arrodillada entre Ana y Sindhám, al decir este verso corren á un tiempo los dos, y la levantan enternecidos.

Los dos. Hija amada!

Pamel. Vivireis?

Ana. Sí, mi Pamela.

Sind. Sí, hechizo
de mi corazon, que solo
tu llanto me ha conmovido.
Detesto mi ceguedad,
mi temeridad maldigo,
y me avergüenzo de verme
por tí misma reprendido.
Toma, esposa: de mi vista

dala el puñal.

aparta ese basilisco
cruel, porque no me acuerde
este execrable delito.
Vivamos ya: resistamos
la adversidad del destino
constantes, hasta que el cielo
la enmiende compadecido.
Tú, Pamela, pues ya sabes
quiénes tus padres han sido,
procura amarles de modo
que no puedas descubrirlo.

Pamel. Pues qué es malo que yo sea
hija de usted, padre mio?
Todas las hijas no llaman
padre con gran regocijo
á sus padres? por qué yo
no he de hacer aquí lo mismo?

Sind. Porque los cielos no quieren.

Pam. No quieren? ah! pues no chisto.

Sale Mauricio presuroso y como demudado.

Maur. Sindhám?

Los dos. Qué traes?

Maur. Oh Dios!
Ana. Tú demudado?
Sind. Mauricio,
tú te agitas? qué hay? dí presto.
Maur. No sé si podré decirlo.
Vuestro padre ha preguntado
por vos muy enfurecido
en este instante, y sabiendo
que estabais en este sitio
tomó nn puñal, y aquí viene
con todo el color perdido.
Ana. Santo Dios!
Sind. Yo tiemblo. *Maur.* Presto
retiraos los dos conmigo.
Ase de la mano á Sindhám y á Pamela.
que el cielo á vuestra virtud
dará su eficáz auxilio.
Sind. Yo muero. *ocúltanse los tres.*
Ana. Triste de mí, *con temor.*
que de un padre enfurecido
la cólera::- oh Dios! ya viene,
Ana infelice! yo espiro.
Sale el Milord sin sombrero con la espada desnuda.
Milord. Oprobio de mi linage,
afrenta, borron indigno
de una estirpe esclarecida,
dime: quién ha seducido
tu corazon? es creible
de tí el infame delito
de que te acusan? osaste
á unirte sin el permiso
de tu padre? dilo, acaba,
respóndeme.
Ana. Ay padre mio!
echándose á sus pies.
Yo fuera ingrata dos veces
á quien el ser he debido
si con engaños quisiera
mitigar hoy el martirio
de tu corazon.
Milord. Qué dices?
Ana. Yo no debo mi destino
ocultaros mas, señor,
yo estoy casada::-
Milord. Qué has dicho,
vil muger?
Ana. La virtud noble
de un jóven::-
Milord. Podré yo oirlo
sin arrancar á pedazos *colérico.*
tu corazon atrevido?
mas, sí podré, hasta que sepa
quien fue el seductor impio
de tu inocencia, porque ambos
tolereis á un tiempo mismo
mis rigores: dónde, dónde
se oculta? quién es? quién? dilo.
An. Padre:: *abrazada de sus rodillas.*
Milord. No me des tal nombre,
que me avergüenzo de oirlo.
Ana. Vuestra compasion merezca
esta infeliz. Mi delito::- *llorosa.*
Milor. Tu sangre y la de ese hombre
infeliz::- díme, en qué sitio
le hallaré? cómo se llama?
Ana. Padre, mi amor, su peligro
me instan á callarlo.
Milord. Teme
de este brazo vengativo
el golpe si no lo dices.
amenazándola.
Sind. Yo no espero mas; Mauricio.
queriendo salir.
Maur. Tente.
Ana. Pues, señor, aquí
os ofrezco el pecho mio
gustosa, abridle, saciaos
con mi sangre, si así libro
la de mi esposo.
Sale Sindhám, Pamela y Mauricio, y los dos primeros se arrodillan à los pies del Milord, que quedará suspendido.
Sind. Eso no,
que he de morir yo contigo. *à Ana.*
Aquí teneis el objeto
de vuestro furor rendido
á vuestros pies.
Milord. Sindhám::- *Sind.* Sí,
yo soy el autor impio
de este crímen: yo seduge
con engaños y delirios
la jóven mas virtuosa
y amable que han conocido
los mortales. Esta culpa
tan atroz, ni el cielo mismo
puede sufrirla; y así
pase un agudo cuchillo

mi corazon, porque lave
con mi sangre este delito.

Ana. No, padre mio, no oigais
las voces que ha sugerido
á Sindhám la dura pena
de haberos hoy ofendido:
los de la naturaleza
oid no mas: los que el mismo
amor paternal los hace.
Este es Sindhám, padre mio,
esta aquella desgraciada
hija vuestra, que sin juicio
os ofendió, y esta tierna
imágen de mi delito,
cuyas gracias encantaron
vuestro corazon benigno,
triste fruto es de un amor
criminal: los tres sumisos
vuestro perdon imploramos,
señor, regando hoy activos
vuestros pies con nuestro llanto:
concededle compasivo,
padre, y dejad que este dulce
y tierno nombre el cariño
que os tenemos os tribute:
vereis cuán reconocidos
á vuestra heróica piedad
eternamente vivimos.

Pamel. Si, señor, perdone usted
á mis padres, abuelito.
Míreles con qué amargura
llorando están. Yo me aflijo
tambien de verles.

Milord. Pamela *ap.*
mi nieta? estoy aturdido.

Maur. No me atrevo á hablarle. *ap.*

Pamel. Padre,
pues no se ha compadecido
de nosotros, vámonos;
Dios nos abrirá camino
para ganar de comer
en otra parte.

Milord. A qué risco *ap.*
no ablandarán sus razones!
solo á mí que endurecido
con esta afrenta he cerrado
á la piedad los oidos.

Sind. Ea, señor, si el recuerdo
del duro oprobio que vino
por Sindhám á vuestra casa
os hace no oir los gritos
del amor y la ternura,
aquí está mi pecho, heridlo,
y redima con mi sangre
la afrenta que os originó.
Sindhám morirá gustoso
si Ana recobra el perdido
derecho de vuestro amor:
restituidla benigno
vuestra ternura, y yo acabe
al estrago de esos filos.

Milord. Objetos abominables,
huid de mi vista, idos,
idos á donde jamás
vuelva á veros mi conflicto:
deja ese lugar que tienen
tus hechos envilecido, *à Ana.*
y con el cómplice vil
de tu execrable delito
vive, vive; pero sea
con el horrible martirio
de mi eterna maldicion.

Ana. Vuestra maldicion? Dios mio!
con horror.
Yo tiemblo.

Milord. Sí, sí. *Maur.* Señor::-

Milord. Aun estais aquí?

Sind. Yo espiro.

Milor. Pero haceis bien; que pues ya
con tan grande horror os miro,
huyendo irá de vosotros
para siempre mi cariño. *vase.*

Ana. Padre. *queriéndole seguir.*

Maur. Señora, teneós.

Ana. Sindhám.

Sind. Ana, mi cariño
te hizo infeliz.

Ana. Ay esposo,
que ningun mal he sentido
hasta este instante. Esta triste
maldicion::- al repetirlo
me cubro de horror.

Maur. Señora,
no es tiempo ya de afligiros.
Asegurar vuestras vidas
importa. Al instante mismo
es fuerza que os ausenteis
de esta casa, y escondidos
espereis á que mis ruegos
mitiguen el excesivo

rigor del Milord.
ind. Ay hija!
Maur. Para estos casos se hizo
el valor. Los infortunios,
los contratiempos prolijos
acrisolan la constancia;
ella los vence. El peligro
le hace mayor por instantes
la debilidad. Amigo
Sindhám, ánimo, y fiemos
en el soberano auxilio.
ind. Ay, fiel Mauricio, que son
muy fuertes y repetidos
estos golpes: mis desgracias
no rendirian mi brio
jamás, pero las de Bella
y las de Pamela (ah digno
y leal amigo) traspasan
mi corazon afligido
vivamente.
na. Pues no, esposo:
á Ana la hallará el conflicto
siempre animosa, si en tí
mira un ánimo tranquilo;
y mi Pamela adorada
con sus gracias dará alivio
á tu quebranto.
amel. Por mí
no os aflijais padre mio,
que ya estoy hecha á trabajos.
Sale un criado.
riad. Señora, esta carta dijo
el Milord que en vuestra mano
pusiera. Ya he obedecido.
Dá una carta à Ana y vase.
na. Todo me altera. *abriéndola.*
nd. Qué puede
querer el Milord, Mauricio?
aur. No sé; ya todo me asusta.
na. Escuchad el contenido.
e. *Monstruo horrible, que naciste á ser el borron de tu linage, y homicida cruel de quien el ser te dió! Milord Darambi te manda que en el instante hagas entrega à Mauricio de cuantas galas conservas, y cubriendo tus carnes con el vestido de la mas ínfima criada, salgas de Londres con el vil compañero y autor de tus desgracias. Obedece prontamente, ó sereis ambos arrojados con ignominia por mis criados.*
Representa. Buen Dios!
Sind. Hasta cuándo, cielos,
tu rigor ha de afligirnos?
Maur. Pobres jóvenes! mi llanto *ap.*
han movido sus gemidos.
Ana. Ah padre! ah Milord! con qué
rigor mirais mi delito!
Sind. Yo no puedo ni aun mirarla
sin lágrimas.
Ana. O maligno
Baron, faltaste á tu fe
porque yo muera.
Sale el Baron. Qué miro?
Bella Ana, Sindhám, sacadme *sobresaltado.*
de tantas dudas. He visto
salir de aquí demudado
al Milord, y sorprendidos
os veo á todos. Qué es esto?
Ana. Caballero el mas iniquo,
el mas pérfido y cruel
de Inglaterra, sois el mismo
Fronsvill, de quien hoy la fama
tan grandes elogios hizo?
sois aquel cuya virtud
envidié con gran motivo
tantas veces? y en fin, sois
aquel jóven que rendido
confesaba á Ana un amor
el mas verdadero y fino?
No es creible, no. Vos sois
un monstruo horrible, nacido
solamente á ser orígen
de nuestras desgracias. Idos,
idos, que vuestra presencia
mas y mas ha de afligirnos.
Bar. Yo estoy absorto: Madama,
que os declareis mas os pido
humildemente.
Ana. He, apartad.
Bar. Considerad que no es digno
Fronsvill de vuestros rigores.
Ana. Y aun de los del cielo mismo.
Bar. De los del cielo? señora
ved qué me habeis sorprendido.
Ana. Sí, perjuro.
Bar. Cómo? ya

eso no podré sufriros,
Madama.

Ana. Sois una- tomad;
Da la carta al Baron.
ved lo que os ha producido
vuestra impiedad. Sorprendeos,
afrentaos y confundíos.
Lee el Baron como sorprendido.

Mau. Qué habrá hecho el Baron? *ap.*

Sind. No sé
cómo mi furor reprimo. *ap.*

Bar. Qué horror! qué impiedad! Ma-
no pretendo desmentiros (dama,
con mi voz, mis hechos solos
lo acreditarán hoy mismo.
Yo os perdono los agravios
que vuestro dolor me hizo,
como creais que Fronsvill
no fue capaz de un delito
tan execrable. Los cielos
me confundan vengativos
á vuestros ojos, si osado
falté al juramento mio.

Ana. Cómo es creible, si vos solo
el secreto habeis sabido?

Bar. No es tiempo de eso, Madama,
yo mi nobleza acredito
de este modo: á cuatro millas
de Londres habeis sabido
que una Quinta tengo; en ella
vive Vaturman mi tio;
yo le escribiré una carta
para que os tenga escondidos
en ella en tanto que logro
que el Milord compadecido,
os vuelva á su gracia. Y cuando
no pudiere conseguirlo,
cuantos estados poseo
serán vuestros, y conmigo
vivireis felices.

Ana. Cielos,
puede ser esto fingido? *ap.*

Bar. Obedeced los preceptos
del Milord, como es debido,
y disponeos á partir
mientras yo la carta escribo.

Ana. Estoy absorta.

Bar. A Dios, Bella,
el cielo os guarde mil siglos
con vuestro esposo, colmada
de dichas y regocijos;
á Dios.

Ana. Esperad.

Bar. No puedo,
que está mi honor ofendido,
y hasta que le satisfaga
no puedo vivir tranquilo. *vas*

Ana. Es eso creible?

Sind. Sí,
sí amada esposa: yo he visto
en Fronsvill todas las señas
que suele traer consigo
la verdad.

Maur. El corazon
de Fronsvill es muy sencillo
y noble: yo le conozco,
y de su oferta me fio;
conque no perdamos tiempo.

Sind. Sí, obedezcamos sumisos
la órden del Milord, y el cie
admita este sacrificio.
Tú cuid rás de entregar
á Cumanck aqueste escrito
Da una carta á Mauricio.
de parte de tu señor,
pues yo hacerlo no he podido
hasta ahora.

Maur. Está bien: no sé
cómo mi dolor r primo. *a*

Ana. Ve, Mauricio, y con Pamela
espera en el cuarto mio.

Pamel. Madre, no me deje usted,
y se vaya. *vase con Maurici*

Ana. Ya te sigo,
hija mia. En fin, Sindhám,
ya los cielos han querido
que pierda por tí mi patria,
mi casa y el amor mismo
de mi padre: ya gustosa
lo dejo todo, y reprimo
hasta el dolor de dejarlo.
Ya los mayores peligros,
trabajos y adversidades
hoy á resistir me animo
por tí solo, por tí. Ah!
págame estos sacrificios,
Sindhám mio, amando á Bella
constante, síncero y fino.

Sind. Yo te lo juro.

Ana. Pues lluevan

pesares. *Sind.* Lluevan martirios.
Ana. Infortunios.
Sind. Y desgracias.
Los dos. Sobre mí.
Ana. Que si consigo
tu amor.
Sind. Si logro tu fe.
Los dos. Cómo he de poder sentirlos?
Vanse. Aposento del Milord, y se descubre éste sentado en una silla de brazos trastornado de dolor, y sale al paño Cecilia.
Cecil. Vaya, yo estoy aturdida.
Sindhám su esposo! no he visto
mayor locura. Ello es fuerza
que se lo cuente á mi tio.
Allí se ve. Pobre viejo!
en sabiéndolo es preciso
que se desespere.
Levántase Milord. No,
en vano está mi cariño
reprendiendo mi crueldad. *furioso.*
Sufran, sufran sus indignos
corazones penas, ansias
y tormentos, pues el mio
cubierto está de amargura
por su causa.
Sale Cecilia. Tio, tio.
Milord. Qué traes?
Cecil. Una noticia
que habeis de estimar.
Milord. Cuál? dilo.
Cecil. Que Sindhám es::-
Milord. Calla, calla,
no me acuerdes ese indigno
borron, si probar no quieres
mi cólera.
Cecil. Ya no chisto.
Milord. Ah hija vil! vivir me haces
en un extremo conflicto.
Cecil. Habeis visto qué eleccion
tan baja y tan::-
Milord. No te he dicho
que calles? *Cecil.* Pero señor::-
Milord. Vive Dios::-
Cecil. No, no replico.
Chispas, y cuál está el viejo?
voime, no pegue conmigo.
Al irse à entrar sale el Baron, y le dice al bastidor.
No hables de amor á mi prima,
Baron, porque sus oidos
extrañan esas materias.
Ha, ha, ha. *parte riendo.*
Bar. Qué poco juicio
tiene Cecilia! Milord?
Milord. Fronsvill es: estoy corrido.
Bar. Yo os creí de un corazon
blando, afable, y poseido
del amor á la virtud.
Pensé que hallara dominio
en él la naturaleza,
y por eso vuestro amigo
me llamé un tiempo. Mas ya
reconociendo los vicios
de que se halla el alma vuestra
llena, digo que abomino
vuestra amistad, y me afrento,
Milord, de reconveniros.
Una hija teneis amable
y virtuosa. La estimo,
es verdad; pero no os habla
por ella aquí mi cariño,
sino la razon. La hallais
unida hoy con el mas digno
de los hombres, con un jóven
honesto, cuyo cariño
la hará feliz, y tan solo
porque es pobre y de abatido
nacimiento, la que fue
noble eleccion, de delito
caracterizais; contra ellos
esgrimís enfurecido
vuestro enojo; de amargura
llenais aquellos dos dignos
corazones; olvidais
hasta el paterno cariño;
y de vuestro mismo lado
alejais hoy (me horrorizo)
con oprobio á una hija vuestra.
Esto sí que confundiros
debiera, no el verla unida
á Sindhám; pues vos, vos mismo
os gloriariais de verlo,
á no estar tan poseido
de vuestra ambicion. En fin,
ya de Londres han salido
Ana y Sindhám, penetrados
del sentimiento mas vivo
y doloroso: Pamela,

aquel adorado hechizo
de sus padres, con el llanto
mas amargo y excesivo
les sigue, compadeciendo
á los troncos y los riscos.
Y vos, Milord, oireis
con el ánimo tranquilo
mis voces? vos, á quien deben
interesar sus conflictos,
os mostrareis insensible
y sordo al horrible grito
de la sangre? ah qué impiedad!
Vos tendreis el regocijo
de sacrificar tres vidas
á vuestro furor impío;
pero los remordimientos
del alma vuestra es preciso
que den á vuestra vejez
el tormento mas continuo.
Quedaos, que yo horrorizado,
admirado, y aun corrido
de ver vuestra crueldad,
huyendo iré de este sitio,
y de vos, clamando al cielo
que os dé un severo castigo.
hace que se va.

Milord. Oh Dios! Frensvill.

Sale Mauricio. De dolor
traigo el corazon partido
aparte y llorando.
señor vuestra hija::-

Milord. No des
tal nombre á ese basilisco.

Maur. Cumpliendo vuestro mandato
partió ya, y deja este escrito
para vos.

Milord. Muestra; no esperes
que me ablanden tus gemidos.
Abre la carta y lee.
Amado padre: dejo obedecidas vuestras órdenes, y salgo de Londres por quitar de vuestros ojos un objeto que tanto os es aborrecible. Voy á morir gustosa para que vivais tranquilo. Los instantes que el amor paterno ocupe el fondo de vuestro corazon sabreis el vivo dolor con que llevará esta infelice madre á su tierna y amada hija hácia la muerte. Este sentimiento, y el de haber merecido vuestro enojo, son los únicos que me acaban por instantes. Por ellos, y por el tierno amor con que un tiempo me mirasteis, os ruego que levanteis vuestra maldicion á esta hija infeliz, que siempre amará vuestra memoria.

Repres. Levantarla? no lo pienses.
Irá al sepulcro contigo,
hija vil.

Maur. Señor, oid
lo que en vuestro seno mismo
dicta la naturaleza.
Hasta aquí de vuestro juicio
fue dueño el primer impulso
del enojo. Yo os suplico *de rodillas*
con el llanto mas amargo
que os sereneis. El delito
de mi señora::-

Milord. Es el mas
detestable, el mas inicuo.

Maur. Os ama::-

Milord. Yo la aborrezco
cruelmente.

Maur. Ah! la he visto
morir de pena al dejar
esta casa.

Milord. Y bien, Mauricio;
con pena muera quien tanta
ocasionó al pecho mio. *vase*

Maur. Oh Dios, qué inflexible está
su corazon! yo me aflijo.

Bar. No, no desista por eso
nuestra piedad; de continuo
atormentemos su alma
con los recuerdos mas vivos
de esta impiedad.

Maur. Mi señor
es bien cruel. *Bor.* Poseido
está del furor. Yo sé
que ha de hacer pronto su oficio
el paternal amor. Ah!
Yo su error he reprendido
agriamente, y delibero
seguir haciendo lo mismo
á favor de la virtud
de Ana y Sindhám.

Maur. Sois benigno.

Bar. Soy sensible, y me lastima::

sus desgracias. Tú, Mauricio;
intercede sin cesar
por ellos, que yo confio
que hemos de ablandarle.
Maur. El cielo
lo conceda compasivo.
Bar. Sí hará, sí; pero entretanto
nosotros blandos.
Maur. Sumisos.
Bar. Constantes.
Maur. Llenos de fe.
Los dos. Pidámosle enternecidos
que dé á aquellas tristes almas
gracia, paz, gusto y alivio. *vanse.*

ACTO TERCERO.

El teatro será un monte de alguna eminencia con muchos árboles, entre los que habrá algunos corporeos, que irán cortando varios labradores, y bajándolos à una de tres cabañas que habrá al pie del monte à la izquierda. La Escena se abrirá con la siguiente música, que saldrá escuchando Sindhám labrador.

Música. No cambiára el jornalero
su miserable azadon
por toda la vanidad
del opulento señor.
Unos. No, no, no.
Otros. No, no, no.
Todos. No, no, no;
que el señor no goza siempre
la paz de que gozo yo.
Sind. Ah qué bien conocen todos
la ventura y la alegria
con que aquí viven, agenos
de cuidados y de envidias!
O venturosos vosotros,
que de las falsas delicias
de la opulencia vivisteis
apartados! las sencillas
y honestas leyes me impuso
la virtud, y que seguidas
se ven por nosotros, ah,
cuán apreciables, cuán dignas
serán de mí y de mi esposa!
Nuestras almas, enemigas
de todo engaño, serán
felices en compañia
de vuestra sinceridad,
y en las humildes casillas
y chozas, que la verdad
y la Religion habitan,
hallarán nuestros deseos
todo el bien que apetecian.
Cruel Vartumank, no importa
que la piedad que egercia
Fronsvill con nosotros haya
hoy negado tu codicia,
pues entre esta humilde gente
la hallarán nuestras desdichas.
Allí dejo descansando
un poco de las fatigas
del camino à Ana y Pamela,
y vengo::- pero el que miran
mis ojos será sin duda
el Mayoral, bien indica
su trage; yo llego, sí,
Ricardo habrá salido de la segunda choza, estará mirando desde el pie del monte á los trabajadores, y llega Sindhám.
señor, humilde os suplica
un infeliz que atendais
á remediar sus desdichas.
Ricar. Qué quereis?
Sind. Señor, yo amo
á una muger peregrina,
que es mi esposa, tiernamente.
Por mi causa está abatida,
y en la situacion mas triste
y deplorable. No aspira
mi ternura á mas, señor,
que á llevar á ella y su familia
un poco de pan con que
la hambre que las mortifica
remedien. Vuestra piedad
haga que yo lo consiga
por vida vuestra, señor,
concediéndome este dia
un jornal entre esa gente
que trabajando se mira.
Ricard. Bien está, yo os lo concedo,
subid á ese monte aprisa,
é id bajando á esa cabaña
poco á poco las encinas

que hay cortadas; mas sabed
que del jornal se os desquita
el tiempo que malgastareis. *vase.*

Sind. Está bien, señor. Los cielos
á vos y á vuestra familia
colmen de bienes por esta
caridad. Con qué alegria
parto al trabajo! Buen Dios,
de Ana y de Pamela cuida.

Sube al monte: repite la música la cantinela con que se empezó este acto; y salen en trage humilde Ana y Pamela.

Música. No cambiára un jornalero
su miserable azadon
por toda la vanidad
del opulento señor.

Unos. No, no, no.

Otros. No, no, no.

Todos. No, no, no;
que el señor no goza siempre
la paz de que gozo yo.

Ana. Tarda mi esposo, y mi amor
sin su dulce compañía
no se halla bien. Dónde, cielos,
habrá ido? amada hija;
tampoco está aquí tu padre.
Oh Dios, y cuánto se agita
mi espíritu contemplando
su despecho.

Pamel. No se aflija,
madre mia, que habrá ido
á traernos pan.

Ana. Alivia
tanto su virtud mis penas,
que no puedo sin su vista
descansar; ven, preguntemos
á esta gente si por dicha
le han visto pasar.

Pamel. Sí, vamos.

Ahora acabará de bajar Sindhám con un tronco sobre los hombros: Ana le ve, y corre hácia él con Pamela.

Ana. Pero qué es lo que divisan
mis ojos? Sindhám.

Sind. Esposa,
pronto en la choza que miras
dejo el tronco, y volveré
á gozar de tus caricias.

Ana. Yo te ayudaré, porque
sea menos tú fatiga.

Entre los dos entran el tronco en la primera cabaña.

Sind. Qué amor!

Ana. Qué virtud!

Pamel. Qué padres
tan buenos tengo! seria
venturosa si mi abuelo
fuera así, pero se irrita
mucho, y (ahora que no lo oyen)
es muy cruel: no se lastima
de nada. *salen los dos.*

Sind. Amada Pamela,
llega á mis brazos aprisa
para que aquesta tarea
con mayor júbilo siga.
abraza á Pamela.

Pam. Y mi madre, y yo qué haremos?

Sind. Descansar, amada hija,
que no son estos trabajos
para las dos; no sois dignas
de este abatimiento. *Ana.* Ah!
cuánto, Sindhám, martirizan
mi corazon esas voces!
Ana fue sola nacida
para amarte, y::- no Sindhám,
no hablemos ya mas de dichas,
de timbres, ni de riquezas:
mi corazon abomina
unos bienes que á su arbitrio
la fortuna los disipa.
Yo no puedo ya, ni quiero
ocupar la idea mia
que otro objeto que Sindhám;
Sindhám, y su tierna hija
serán todo mi placer,
mi consuelo y alegria:
pero no puedo sufrir
que alivies nuestras desdichas
tan á tu costa. Yo quiero
mil muertes antes.

Sind. Respira,
respira, esposa, y desecha
la piedad con que me miras;
guardame tu corazon,
y tu voluntad sencilla,
Bella, y verás que son dulces
á Sindhám estas fatigas.

Ana. Qué es lo que dices? pues qué
crees que es mi alma distinta

de la tuya? mi pasion
es acaso menos viva
para mirar tus quebrantos
y humillacion mas tranquila
que tú mis trabajos? ah!
no Sindhám. Yo me creía
indigna de tu amor, sí::-

Sind. Calla, esposa, no prosigas,
ve y siéntate con Pamela
á la sombra de esa encina,
que yo á seguir mi tarea
vuelvo. *Pamel.* Padre.

Sind. Qué, hija mia?

Pamel. Que no puedo resistir
el hambre ya.

Sind. Suerte esquiva!
para esto me hiciste dueño
de aquel bien que apetecia?

Ana. En vano Sindhám procura *ap.*
ocultar su pena. Hija
espera, que prontamente
comeremos.

Pamel. Madre mia
mi necesidad es tanta
que no puedo resistirla.

Sind. Cómo sus voces no acaban
de una vez mi triste vida?
ah cruel Sindhám! ah padre
el mas bárbaro! tú miras
los rigores que á tu esposa
y á tu hija misma origina
tu culpa, y no te confundes?
no caes muerto á su vista
de dolor?

Ana. Sindhám querido
consuélate, no te aflijas,
que pues tú por nuestro amor
á ese ejercicio te humillas,
nada haré yo en humillarme
por el tuyo y el de una hija
querida: vuelve al trabajo,
esposo, con alegría,
en tanto que mi ternura
en esas gentes sencillas
busca un alivio á Pamela.
Sí, verás que enternecidas
á mis lágrimas y ruegos
su necesidad alivian.

Vase precipitadamente por la derecha, llevando á Pamela.

Sind. Oh dolor el mas acerbo
que padeció el alma mia
jamás! cómo no me acabas,
ya que tanto me contristas?
oh muger, la mas amante,
la mas virtuosa y mas digna
de la tierra! qué mal paga
Sindhám tu sincera y fina
voluntad, pues no fallece
al contemplar tus desdichas!
Pero pues tú las recibes
con tal gusto y alegría
por mi amor, yo por el tuyo
daré al olvido las mias,
y viviré solamente
porque tú quieres que viva;
que corresponder no puedo
á tus honestas caricias,
si no te dedico amante
corazon, ser, alma y vida.

Sube al monte, cae el telon que representa el aposento del Milord; sale el Baron y Mauricio con papeles.

Mau. Tomad, señor: todo está
como mandasteis, la firma
dale un papel.
vuestra falta solamente.

Bar. Bien, tomad: dad al Escribano
dale un bolsillo.
por su trabajo, y quedaos
vos con aquesta sortija.
dale una sortija.

Maur. Señor::-

Bar. No me desayreis,
que lo siento por mi vida.

Maur. Ah, que corazon! *vase.*

Bar. A Dios.
Es buen criado, á fe mia,
Mauricio. La compasion
y fidelidad habitan
en su corazon: le quiero,
y á la verdad me lastima
que sirva al Milord. Ay Bella!
hoy te dirá mi hidalguía
cuánto detesta Fronsvill
la crueldad, y abomina
los hombres que torpemente,
envidiosos de la dicha
que la muger que ellos aman

á nuevo galan destina,
con celos, iras y ultrages
quieren mostrar que la estiman.
Mienten: el que ama un objeto,
de proporcionarle cuida
gustos y venturas, nunca
sus menosprecios le incitan
á vengarse. Yo amo á Bella:
mas porque otro la consiga
me han de deleitar á mí
los trabajos y desdichas
que pasan? no, no: jamás:
jamás Fronsvill pensaria
tan torpemente. Las Damas
nacen libres, y seria
una injusticia obligarlas
á amar á quien las estima.
Pues si porque las virtudes
de alguna muger me obligan
á amarla, hubiera de amar
ella por fuerza las mias:
diriamos que nacieron
sin eleccion á la dicha
como nosotros, y nunca
obrar con tal tiranía
pudo la naturaleza,
antes, si bien se examina,
parece que concedió
á la muger conocida
superiodidad al hombre;
pues con la fuerza expresiva
de su hermosura sujetan
el encanto de su vista
cuantos racionales tigres
á sus ojos no se humillan.
Esta escritura::-

Va à reconocer la escritura: y sale como despavorido el Milord mirando à dentro.

Milord. Espantosa
sombra de una aleve hija,
tente, espera, qué me quieres?
si yo huyendo de tu vista
iré::- pero, ay infelice!

Va á huir por la derecha; se suspende y retrocede.

Sindhám, aguarda: no aflijas
mi corazon acordando
mi impiedad y tiranía,
pues yo, sí::- váledme, cielos,

Quiere partir precipitado por la izquierda y se suspende.

que hasta la imágen mas viva
de Pamela se me ofrece,
excitando en su agonía
la ira de Dios contra mí.
Qué horror! ya mi culpa misma
me hace ver la vengadora
espada de su justicia,
que de una invisible mano
á mi pecho dirigida
viene: espera, espera, aguarda,
ten el golpe, ten las iras
un instante: oh culpa! oh sombras::-
oh Dios! Mauricio, Cecilia?

Bar. Milord, qué teneis, qué turba
vuestro espíritu? qué agita
el ánimo vuestro?

Milord. Nada,
nada; todo me horroriza.

Mirando despavorido la escena.

Bar. Por qué dabais tales voces?
de qué temblais? quién contrista
vuestro corazon?

Milord. Dejadme.

Bar. Acaso os entristecia
la memoria de Ana? qué
vuestra alma ya arrepentida
quiere volverla á su gracia?

Milord. Callad: á la gracia mia?
qué rabia! si se opusieran
segunda vez á mi vista
esos dos aborrecibles
objetos, fueran mis iras
seguramente verdugos
inhumanos de sus vidas.

Bar. Padre el mas bárbaro y fiero
de cuantos á la divina
sabiduría debieron
la honrosa prerrogativa
de padres, qué monstro horrible
os ha engendrado? qué hidra
infernal os abortó
para la confusion mia?
qué furia os hizo olvidar
aquella ternura misma
con que la naturaleza
pródigamente benigna
dstingue á un padre del resto
de los hombres? así estima

vuestro error tal distintivo?
Callad que ya está corrida
de haber dado tal carácter
á un monstruo, con quien la ira
pudo mas que el mismo amor
paternal, y su caricia;
y yo, corrido tambien
de oir vuestra tiranía,
tan templado. Mas con todo,
porque veais cuánto dista
vuestro proceder del mio,
leed este pliego; él diga
quien es Fronsvill en oprobio
vuestro, y vanagloria mia.
Vase dejándole en su mano el pliego.
Milor. Posible es que yo sufriese
la vergonzosa osadía
con que Fronsvill me ha tratado?
vive Dios que esta ignominia::-
pero qué papel es este,
en que dice que se explica
quién es él?
Abre y lee. *Donacion voluntaria que hace Jorge Fronsvill, Baron de Fronsvill y de Breubston, á Madama Ana Enrica Darambi, hija legítima del Milord Darambi, á sus hijos y sucesores, de una casa de campo, libre, que goza dicho Baron á cuatro millas de Londres, con todo el término y cabañas que le pertenecen en aquel territorio.*
Representa. Válgame Dios!
Un jóven, que con tan fina
pasion amaba esa fiera,
no tan solamente olvida
el disgusto de perderla,
si que con tal hidalguía
trata así de remediar
sus desgracias? ah! él excita
mi compasion; mas qué digo
compasion? mi rabia, mi ira.
Sale Maur. Cuando quisiereis, podreis,
señor, poner, vuestra firma
á aquellas cartas.
Milord. Bien: vete,
déjame.
Maur. No es muy propicia
la ocasion para rogarle
por su desgraciada hija.
Me iré. Señor, ablandad
su corazon este dia. *vase.*
Milo. En vano, en vano me esfuerzo
á resistir las continuas
súplicas que hace el amor
á favor de sus desdichas.
Yo fuí cruel; sí, cruel,
pues castigar deberia
su culpa con mas dulzura,
viendo que ya no tenia
remedio. Muy digno soy
de la amargura excesiva
con qué la naturaleza
me angustia y me martiriza.
Ah, noble Baron, qué poco
conocí yo en este dia
tu virtud! continuamente
me avergonzará la misma
memoria de tus acciones.
Pero, pues la culpa mia
conozco, amor, á enmendarla
corramos, porque no digan
los tiempos, si hacen memoria
de mi desgraciada hija,
que la crueldad de un padre
la sacrificó á su ira.
Sale Cecilia. Qué haceis, tio?
Milord. Nada.
Cecil. Nada. *remedándole.*
Qué respuesta tan concisa
y grave? qué teneis?
Milord. Nada.
Cecil. Pues por qué á vuestra sobrina
poneis tan maldita cara?
tiene la culpa Cecilia
de que sin vuestro permiso
se casase vuestra hija?
la busqué yo por ventura
un novio de gerarquía
tan humilde? tuve yo
de esta infame accion noticia
hasta hoy? yo::-
Milord. Calla, calla.
Cecil. Yo aconsejé, por mi vida,
que los echarais de casa,
que quitarais á mi prima
joyas, galas y vestidos,
y que como mugercilla
ordinaria la obligarais

á salir hoy fugitiva
de Londres? supe yo acaso::-

Milord. Vete, y déjame.

Cecil. Que habiais
de enfadaros de esa suerte,
ni menos, que::-

Milor. Ya me irrita
tu locura, y::-

Cecil. Solo falta
que venga á pagar Cecilia
lo que otra comió.

Milord. Aun no callas?

Cecil. Sí callaré en la hora misma
que me hableis con otra voz
mas dulce, y mas expresiva;
porque no puedo sufrir
que allá os revuelvan las tripas
las locuras de Ana, y que
despicaros este dia
querais conmigo, porque::-
pero tio, es de mi prima
esta carta? cómo está?
desde dónde viene escrita?
qué dice, á ver?

Sale el Bar. Milord, dadme
ese papel, si por dicha
le habeis leido, que es fuerza
firmarle hoy.

Cecil. Buenos dias,
Baron: no porque Sindhám
os soplase con malicia
la dama, os pongais tan serio
conmigo.

Bar. Con menos prisa
os responderé despues,
Madama.

Milord. Cuánto me irrita *ap.*
Cecilia, con su carácter!
Tomad.

Bar. Con dolor me mira.

Milord. Tomad.

Cecil. Son otros conciertos
nupciales? dadme noticia,
que me holgaré de saberlo.

Bar. No señora: él se contrista.
mirando al Milord.

Milord. Ah Fronsvill!

Da un suspiro mirando á Fronsvill, y parte por la izquierda.

Bar. Oid Milord. *quiere seguirle.*

Cecil. Tened, que está aquí Cecilia,
y no es ninguna fregona,
para que sin cortesía
la dejeis con la palabra
en la boca.

Bar. Bien aprisa
volveré.

Cecil. Con no marcharos
os ahorrais esa fatiga.

Bar. Perdonad, que::-

Cecil. Vos quereis
que riñamos; pues por vida::-
pero dejémoslo. Vaya,
qué me decís de mi prima,
Baron? habeis visto afrenta
semejante? no es muy digna
de lo que le está pasando?
vos, vos, cuál os quedariais
ayer, cuando os declaró
todo el misterio sin cifras?
os aseguro que yo
quedé tan enfurecida
al oirlo::-

Bar. Vos lo oisteis

Cecil. Toma, y le fui á dar noticia
de todo al tio: si vierais
cuál se puso, os reiriais.

Bar. Y no os confundís ahora
de pensar en las desdichas
que causasteis á esta casa?
habeis mirado tranquila
el grande riesgo en que puso
de Ana y de Sindhám las vidas
vuestro poco juicio? ah!
Madama, esa accion, indigna
de vuestra sangre, os hará
odiosa siempre á la vista
de Fronsvill.

Cecil. Ahora salimos
con eso? cuando creía
que agradecierais el veros
vengado ya por Cecilia
de aquella estupenda pieza
que os jugó astuta la niña,
me amenazais?

Bar. Vos, Madama,
pensais con poca hidalguía,
si he de hablar con claridad.
Pero Fronsvill os avisa
que si á la debilidad

del sexo que os apadrina
no atendiera, vuestra lengua
hubiera ya en este dia
arrancado, porque nunca
cometiera igual perfidia. *va á partir.*

Sale Mau. Oh qué jubilo! señor,
mi amo á llamar os envia.

Bar. Voy.

Mau. Pobres jóvenes! ya
calmarán vuestras desdichas. *vase.*

Cecil. Se dará tal desvergüenza!
á mí arrancarme (qué ira)
la lengua! estoy por::- mas voyme
á ver si puedo escondida
oir lo que él y mi tio
tratan. Vil, teme á Cecilia. *vase.*

Levántase el telon, y se ve una campiña dilatada con varias chozas, entre ellas una medio caida, y junto á ella algunas parvas; un riachuelo cruza desde la derecha à la izquierda, con un puente de tablas: sale por la izquierda Ana, con un lio de ropa, conduciendo á Pamela de la mano.

Ana. Ven, Pamela mia, ven,
y mientras tu padre cuida
de aliviar tan á su costa
nuestras amargas desdichas,
procuremos aliviar
nosotras las suyas, hija;
esta ropa me rogó
aquella muger sencilla,
que de comer nos ha dado,
la lavase; y que la sirva
es muy justo. Ese es el rio;
yo lavaré, y tú, hija mia,
lo irás tendiendo.

Pamel. No, madre,
traiga usté acá por su vida
la ropa, y verá qué presto
la lavo yo, que aunque niña
estoy mas acostumbrada.

Ana. No, Pamela.

Pamel. Pues no mira,
madre, que no sabrá hacerlo,
como nacida en la rica
corte con tantos criados?

Ana. Ya no soy lo que era, hija.
Hereda el pobre trabajos,
y hereda el rico delicias.
Gocé delicias el tiempo
que fuí venturosa y rica;
mas hoy, ya que la fortuna
me hizo pobre, es bien que admita
lo que tocó en suerte al pobre,
que son males y desdichas.
Ojala quien antes supo
las mudanzas repentinas
de la suerte, me enseñara
estas humildes fatigas:
porque no las estrañase,
si las mudanzas sufria.
En fin, de nuevo aprendamos
á vivir, pues á otra vida
tan diferente pasamos.
Pero vosotras que altivas,
fiadas en la fortuna,
no cabeis en vuestra misma
soberbia, dejad de estar
tan ciegamente engreidas,
porque son un sueño todos
los placeres y delicias
que gozais: y ay de vosotras
si despertais á otra vida.

Pamel. Madre, no lloreis por eso,
que Dios querrá que algun dia
sea yo grande, y entonces
os descansaré.

Ana. Ay querida
Paméla, que mis trabajos
no son los que el llanto excitan,
sino es ver que por mis culpas
vives tú tan abatida.

Pamel. Madre mia, siendo pobre
viviré siempre tranquila,
sin temer desgracia alguna,
puesto que si bien se mira,
la mayor, que es el ser pobre,
la tengo toda mi vida.

Ana. Es verdad. El corazon *ap.*
sus digustos me contristan.

Pam. Madre, quiere usted que cante
porque tanto no se aflija!

Ana. Sí, Pamela. Ay Sindhám mio,
que imágen tan propia y viva
es de tu virtud! *Pamel.* Oid,
y no lloreis, madre mia.

Canta Pamela, y Ana se pondrá á lavar.

Música. Cuando libertades canta
el alegre ruiseñor
llora la incauta perdiz
su inesperada prision.
El ruiseñor la mira
desde el verde tomillo
y riendo sus penas
la dice en dulces trinos:
pues reisteis ayer ageno mal,
justo es que llores hoy propio dolor.

Acaba de cantar, y empieza á tender la ropa que Ana ha lavado: sale por la derecha Ricardo, diciendo los primeros versos, tras él conducido por unos labradores Sindhám como muerto, con todo el rostro ensangrentado y la cabeza vendada: los labradores hacen lo que dicen los versos.

Ricar. Pobre jóven! me enternece
su inesperada desdicha:
conducidle poco á poco, *le sacan.*
y en esa choza caida
le dejad, mientras que doy
le dejan sobre una parva.
á mi señor la noticia
de este caso, y::- mas aquella,
si no me engaña la vista,
es la que hace pocas horas
que le llevó la comida
al monte, ella es: señora,
llegaos aquí. Qué afligida
sé pondrá!

Ana y Pamela recogen la ropa, y se vienen à Ricardo.

Ana. Qué me mandais,
señor? pero qué registran
mis ojos? Sindhám.

Ve á Sindhám, corre precipitadamente á él, y Ricardo la detiene.

Ricar. Teneos,
señora; sé que es precisa
vuestra pena en ocasion
tan funesta é impropicia;
pero advertid que esa pena
dará antes fin á la vida
de ese infeliz, si en sí vuelve
y vuestro tormento mira.
Dispuso el cielo, señora,
que bajando ahora una encina
desde el monte resvalara,
y cayera de la cima
hasta el llano despeñado,
de modo que aunque con prisa
partimos á socorrerle,
fue ya en vano. La divina
misericordia tan solo
podrá evitar la desdicha
de su muerte.

Ana. Oh Dios!

Ricar. De nada
puede servir que se aflija
vuestro corazon. Pedid
por él á aquella infinita
misericordia, suceda
á su alma arrepentida
el perdon, y en la morada
de los justos la reciba.
Yo voy á dar al instante
á Vaturmank la noticia
de esta desgracia, y á enviaros
quien en tal lance le asista. *vase.*

Ana. Santo Dios, pues coronar
quisisteis hoy mis desdichas
con la mayor, concededme
fuerzas para resistirla.

Pamel. Madre, qué tiene mi padre!
le ha hecho esa gente enemiga
llora Ana.
algun mal? no respondeis,
y llorais?

Ana. Ay hija mia!
abrazándola con ternura.

Pamel. Usted me entristece, madre.

Ana. Quiso la recta justicia
castigar mi horrendo crímen,
Pamela amada. Me quita
un esposo á mí que era
el centro de mis delicias;
y á tí un padre que te amaba
tiernamente.

Pamel. Ah madre!

Ana. Ah hija!

Permanecen algunos instantes consternadas sin separarse, en las cuales Sindhám se incorpora sobre la parva como volviendo de algun letargo; reconoce la escena poco á poco, y al descubrir à Ana y Pamela mira al cielo enternecido, y quie-

re levantarse, lo cual advertido por las dos, corren precipitadamente à sus brazos con las primeras palabras, y permanecen algun instante suspensos.

Sind. Buen Dios! Ana.

Ana. Esposo.

Pamel. Padre.

Sind. Bella, ya ha llegado el dia
en que te dejé mi muerte
vengada de las desdichas
que te originó Sindhám.
Ya en vano el valor maquina
resistir estos terribles
instantes de mi partida.
Tú sabes cuanto á mis ojos
fuiste amable, y la fatiga
con que te he visto cercada
de penas por causa mia;
ya aun el bien de acompañarte
en la adversidad me quitan
los cielos. Yo muero, Bella.

Ana. Ah caro Sindhám!

Sind. Alivia
tu dolor fiero, y recibe
este golpe que te envian
los cielos con un valor,
con una constancia digna
de tu virtud. Al instante
que tus manos compasivas
cierren mis ojos, darás
á tu padre la noticia
de mi muerte. Irás á verle,
y con esta infeliz hija
de nuestro amor, te echarás
á sus pies, y ambas sumisas
implorareis su perdon.
Díle cuán arrepentida
viste la alma de Sindhám
de haber causado tu ruina,
y haberle irritado. Díle
que en mi postrer agonía
le rogaba que amparase
vuestras inocentes vidas.
Y tú, amable compañera
de mis ansias, muger digna
de mejor suerte, perdona
la impiedad y tiranía
con que te hice conocer
la humillacion mas inicua.

Ana. Calla, Sindhám, que tus voces
mi corazon martirizan
mas y mas. Crees acaso
que Bella te miraría
espirar, sin que espirase
contigo? no, no permitan
los cielos, amado esposo,
que Bella te sobreviva
un instante. Yo aborrezco
esta existencia: mi vida
es ya de ningun provecho
en el mundo.

Sind. Ah! esa hija::-

Ana. Esta hija? pues qué amparo
le quedará, aunque yo viva,
si falta su padre?

Sind. Ah esposa!
tu mismo dolor te inspira
unos discursos agenos
de un corazon donde habita
la religion. Vive, vive,
para que en parte redimas
la triste suerte que sigue
á esta infeliz hija mia.
Enjuga tu tierno llanto,
pues que los cielos me privan
á mí de hacerlo. Esto solo
te ruega en sus agonías
tu Sindhám. Aquel Sindhám
que te amó toda su vida
con el pretexto mas puro,
y admitido por la misma
virtud, por la religion,
y el infortunio. Y tú, hija
la mas desgraciada, llega,
y recojan tus mejillas
el tierno y último llanto
que mis ojos te dedican.
la abraza.
Estréchate entre mis brazos
un instante que de vida
me queda, y el postrer fruto
de mis ternuras estima.
Un cúmulo de trabajos
te deja la tiranía
de tu padre por herencia;
perdónale, amada hija,
y su eterna bendicion
mientras vivieres te siga.

Pamel. Yo quiero morir con vos.

Sind. Apártala de mi vista,
esposa, que su presencia
aun mas que la muerte misma
me es cruel. A Dios, á Dios;
y pues tan cerca se mira
mi última hora, permitid
que vuelta ya el alma mia
á su Criador, implore
el favor que necesita.
A Dios para siempre.
Abraza con ternura à las dos, é inmediatamente Ana se aparta con Pamela algunos pasos hácia la derecha consternada de dolor.
Ana. Ahora
penas acabad mi vida.
Sind. Señor apartad de mí
esas imágenes vivas
de mi dolor, porque en vos
esté sola el alma mia;
y pues para hacerla vuestra
tolerasteis una indigna
y afrentosa muerte, solas
vuestras manos la reciban. *muere.*
Ana vuelve los ojos con temor á Sindhám, y al verle caer corre precipitadamente hácia él á tiempo que por la izquierda salen Ricardo y labradores que las detienen hasta su tiempo.
Ana. Sindhám.
Pamel. Madre.
Ricar. Deteneos,
infeliz muger.
Ana. Permita
vuestra bondad que yo acabe
en sus brazos.
Ricar. Me contristan
sus voces. Ved si ha espirado
á los labradores.
ese infeliz.
Ana. Hija mia. *reconociendo à Sind.*
Labrad. Ya espiró.
Ricar. Descanse en paz.
Pues, señora, el alma impía
de Vaturmank ni á mis ruegos,
ni á vuestra amarga desdicha
se ha demostrado sensible,
únicamente os envia
esta guinea por paga
la da una moneda.
de lo que en aqueste dia
trabajó aquese infelice;
pero cruel os intima,
que jamás volvais á verle.
Ana. Ah!
Ricar. Señora, no os aflija
su precepto. Partid todos.
Labrad. Qué lástima!
Ricar. Yo queria
conduciros á mi casa
por piedad: mas mi familia
es mucha, y mas mi pobreza.
Sin embargo, mi sencilla
voluntad aliviará
vuestras acerbas fatigas
en cuanto pueda.
Ana. El señor,
por vuestra piedad, bendiga
la casa vuestra.
Ricar. Y á vos
os consuele en este dia.
Pero, señora; pues tanta
virtud resplandece y brilla
en vos, esta es ocasion
muy propia de refundirla
y acrisolarla, abrazando
con una entereza digna
y cristiana el golpe atroz
que su Magestad envia.
Padre es de todos: él hoy
templará vuestras desdichas.
Ana. Ah, señor, cuánto conmigo
vuestra bondad sentiria,
si supierais una parte
de mis desgracias!
Ricar. Consigan
mis ruegos que todas ellas
las confieis este dia
á un alma que tiernamente
os ayudará á sentirlas.
Ana. Si haré: mas antes quisiera
escribir esta noticia
infausta á mi amado padre.
Ricar. Le teneis?
Ana. Ah!
Ricar. Dónde habita?
Ana. En Londres.
Ricar. Cómo se llama?
Ana. Permitid que no os lo diga,

señor, hasta que sepais
despues todas mis desdichas.
Yo le escribiré: vos luego
buscareis quien en su misma
mano le entregue mi carta
pagándole su fatiga
con esta guinea.

Ricar. Yo,
yo mismo en aqueste dia
se la llevaré: esperad,
mientras me llego á la Quinta
por tintero y papel.

Ana. Si;
y mi ternura os suplica *al oido.*
lleveis con vos á Pamela,
porque tanto no me aflija.

Ricar. Pobre jóven! si haré. Ven,
ven conmigo, Pamelita,
te daré de merendar.

Pamel. Y mi madre?

Ana. Aquí, hija mia,
te espero.

Pamel. No me dejeis,
si deseais que yo viva.
vase con Ricardo.

Ana. Ahora, ahora, pesares
es ocasion propicia
de que egerzais unidos
en mí vuestra impiedad y tiranía.
Ahora que mi alma
tan postrada se mira,
podrán vuestros rigores
á vuestro imperio bárbaro rendirla.
Ahora que yo propia
aborrezco mi vida,
podeis lograr el triunfo
que cuando yo la amaba apeteciais.
No, no os durmais, pesares,
venid, matadme aprisa;
que pues murió mi dueño,
vivir no puede quien por él vivia.
Cielo inhumano, cielo,
que de mi bien me privas,
vuélvemele, ó acaba
tambien el bien, que por mi bien tenia.
Ojos tristes, que un tiempo
visteis con alegría
la luz del sol, huid de ella,
pues os faltó la luz con que veíais.
Corazon, tú que fino
quisistes algun dia,
aborrécelo todo,
pues te faltó el objeto que querias.
Camina llorosa á Sindhám, y se sienta junto á él.
Y tú, jóven amable,
que fuiste mi delicia
el venturoso tiempo
que enamorado y fiel te poseía;
tú que sacrificastes
esa preciosa vida
al odio de un tirano
y al amor de una esposa, y una hija,
admíte en recompensa
de tu fineza digna
las lágrimas acerbas
con que riegan mis ojos tus cenizas.
Recibe los suspiros
que el corazon te envia,
mientras quiere mi pena
que acompañe á la tuya el alma mia.
Ase las manos, y se las besa con ternura.
En estas yertas manos
con que veces distintas
me mostrabas un tiempo
aquella fe y amor que me tenias.
En estas mismas manos,
que yo besar solia
con la mas pura llama
que amor enciende y la virtud aviva,
te juro, esposo, que antes
criará el cielo espinas
y el campo estrellas puras,
que se vean sin llanto mis mejillas;
antes incendios vivos
darán las aguas frias,
y del piélago inmenso
serán contadas las arenas mismas,
que el placer en mi alma
halle grata acogida,
ni de mi pecho falten
el amor, el dolor y la fatiga.
Y si aun así no se halla
tu fe correspondida,
pagada tu fineza,
y satisfecha tu pasion activa;
desde el celeste Alcazar,
donde tu alma habita,
sal á ver la amargura

conque una esposa que te amóse mira.
Sal á ver (oh Pamela!)
como (á Dios amada hija,)
sobre tu elado cuerpo
el mismo amor acaba ya mi vida.

Deja caer el rostro sobre el pecho de Sindhám como muerta; por la izquierda sale Pamela con tintero y papel.

Pamel. Madre, madre. Si se habrá
quedado ahora dormida?
se va obscureciendo el teatro.
Voy á verlo. O padre mio,
se llega á Ana.
y qué poco vuestra hija
os conoció! ah! si vivierais
con qué extremo os amaría!
si la despertaré? no:
que es fuerza que esté rendida.
Pero el miedo no me deja
estar sola. Madre mia.
la coge la mano.
Qué helada está! madre, madre.
No responde: si dormida
estuviera, despertára
á mis voces. Qué desdicha!
si se habrá muerto? Dios mio,

Híncase de rodillas, y plegando las manos, dice, mirando al cielo.

dad á mis padres la vida,
ó matadme á mí tambien.

Salen por la izqnierda precipitadámente Ricardo, Milord, el Baron, Cecilia, Mauricio, y criados con hachas.

Ricar. Señores, llegad aprisa,
que aquí han de estar.

Como asustada, y sin saber dónde esconderse.

Pamel. Ay de mí!

Milord. Dónde, dónde está mi hija,
Ricardo? pero qué veo?
Pamela, Pamela mia,
dónde está tu madre?

Pamel. Veisla
allí muerta en compañía
de mi padre.

Milord. Calla, calla,
que tú mi dolor duplicas.
Ana muerta! cielo santo,
hora es ya que vuestras iras
confundan á este inhumano
verdugo de sus dos vidas.
Fronsvill, Mauricio, romped,
romped con vuestras cuchillas
mi pecho, para que lave
la inhumana sangre mia
mi culpa atroz. Sí, matadme,
sed piadosos este dia
conmigo.

Bar. Milord.

Maur. Señor::-

Milord. Matadme, sí, y las desdichas
que causé á estos inocentes
pague al menos con mi vida.

Bar. Templaos, Milord, que tal vez
no habrá muerto todavía
Bella.

Milord. Bella ha muerto, sí;
mis sentimientos lo afirman.
Castigó el cielo mi culpa
negándome la alegría
de verla, y de recoger
sus últimas agonías
en mi seno. Oh cielo! oh noche
la mas horrible é impía
para mí! ay Ana! oh Pamela!

Llégase à abrazar à Pamela, y ésta se retira medrosa.

Pame. Qué, despues que vuestras iras
dieron la muerte á mi padre
y á mi madre, pretendiais
que yo os abrazára? no,
no lo penseis: temeria
con razon que me alhagabais
para matarme.

Milord. Oh querida
Pamela; cuan digno soy
de este oprobio! tu sencilla
reconvencion me es cruel
aun mas que mi culpa misma.
Tú cubres mi corazon
de rubor, y tú me obligas
á que ya desesperado
huya de la compañía
de los hombres, y entre fieras
inhumanamente viva,
pues fiera fuí. *queriendo partir*

Bar. No, Milord,

teneos: vuestra excesiva
pena.... pero qué diviso?

Va Ana volviendo en sí, el Milord y Pamela quieren arrojarse à ella: el Baron detiene á aquel, y Mauricio à esta.

Bar. y Mau. Deteneos.
Pamel. Madre.
Milord. Hija.
Ana. Ay, de mí!
Ricar. Yo estoy absorto.
Cecil. Yo me siento enternecida.
Milord. Hija amada.
Pamel. Madre.
Bar. Bella.
Maur. Señora.
Cecil. Yo llegó. Prima.
Ana. Oh cielo! oh piadoso cielo!
oh padre!
Milord. Sí, hija querida,
tu padre soy, aquel padre
que con tanta tiranía
buscó tu muerte, es el mismo
que hoy arrepentido miras.
Ana. Ah dulce padre! pues quiso
mi suerte darme la dicha
de morir en vuestros brazos,
dignaos por vuestra vida
de perdonar á esta tierna
y desventurada hija
de mi culpa.
Milord. Qué pronuncias,
Bella infeliz? no prosigas.
Yo soy el qne tu perdon
imploro aquí de rodillas:
concédemele.

El Milord se echa á los pies de Ana, y esta quiere detenerle.

Ana. Qué haceis?
ah! mi situacion me quita
abrazar hoy vuestros pies,
padre: mas llegad aprisa
á mis amorosos brazos,
para que con alegría
espire en ellos. Los males
que padeció el alma mia,
castigaron las ofensas
que os hice, y así consigan
mis lágrimas que al sepulcro
vuestra bendicion me siga.
Milord. La mia, y la de aquel Dios
que ha de juzgarnos un dia,
caygan sobre tí.
Ana. Ya, padre,
muero gozosa y tranquila.
Fronsvill, alma la mas bella,
la mas virtuosa y digna
de Inglaterra, buen Mauricio,
piadoso Ricardo, prima,
y tú, pedazo el mas tierno
de mi corazon, arrima,

Abraza à Pamela con ternura, y los demas hacen extremos de pena.

estréchate entre los brazos
de una madre cuya vida
va á acabar. Tu digno abuelo
(pues mi amor se lo suplica)
cuidará de tí; y Dios mismo
te concederá mas dichas
que á mí si tu corazon
conservas sin la mancilla
de la culpa. A Dios Pamela:
á Dios padre: á Dios Cecilia:
yo muero: oh Sindhám! rogad
por mí al Señor. *muere.*
Pamel Madre.
Milord. Hija.
Bar. Triste escena.
Maur. Qué dolor!
Cecil. Pues yo causé vuestra ruina,
eternamente la debe
llorar mi alma arrepentida.
Bar. Ah bárbaro Vaturmank.
Ah tio! vuestra codicia
castigaré, pues fue causa
tal vez de aquesta desdicha.
Ah Madama! veis::-
Cecil. Mis ojos
mi eterno dolor os digan.
Bar. Tarde es ya.
Milord. Oh Sindhám! oh Bella!
Bar. Una fortaleza digna
de la alma vuestra es tan solo
lo que mostrar deberiais.
Con ella redimireis
cuanto vuestra tiranía
hasta aquí ha errado.
Milord. Ay Fronsvill!
Qué tarde ví mi perfidia!
pero pues la ví tan tarde,

vamos á enmendarla aprisa.
Todas aquestas cabañas
á Mauricio.
compra al punto, y de órden mia
se haga un hospital. El centro
que ocupan Sindhám y mi hija
ocuparán las estatuas
de los dos, que al mundo digan
su desgracia y los efectos
de mi alma arrepentida:
satisfaga en algun modo
cuantas acerbas desdichas
les causé, mientras mi llanto
da un breve fin á mi vida.
Y tú, inocente Pamela,
pues mi crueldad te quita
tan dignos padres, encuentra
su pérdida en mis caricias:
cuanto tengo es tuyo.
Bar. Y ya
que no pudo la hidalguía
da la escritura al Milord.
de esta donacion servir
de remedio á la desdicha
de dos infelices, hoy
de aumentar tu herencia sirva.
Milord. Ved que::-
Bar. Hacedme esta merced,
Milord, y vamos aprisa
de aquí.
Milord. Vamos, y pues que
tenemos tan á la vista
de las Víctimas de Amor
el fin funesto, consigan
Todos. Sus defectos el perdon,
é indulto nuestra fatiga.

FIN.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
Año 1817.

